



LOS VÉRTICES DE LA LUZ

A. M. Bauset

LOS VÉRTICES DE LA LUZ



Primera edición: diciembre de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© A. M. Bauset

ISBN: 979-13-87909-78-9
ISBN digital: 979-13-87909-79-6
Depósito legal: M-26917-2025

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

PARTE 1: OASIS

I

El eco de las botas negras chocando con el gélido suelo resonaba por el pasillo. En el techo bombillas desnudas descubrían el vapor de agua condensada entre la oscuridad del ambiente. Las manos pegadas a los antebrazos de su gruesa chaqueta desgastada. Quietos. Mirada tensa hacia el suelo encorvando su esbelta figura. Silencio. Su nariz, roja por el frío, al descubierto bajo la penumbra provocada por la ocasional bombilla que iluminaba donde ni el sol lo hacía.

Desvinculado del mundo y del momento caminaba no demasiado rápido para no gastar la energía tan preciada que su cuerpo almacenaba; pero tampoco demasiado lento para limitar su exposición al implacable frío que lo envolvía con su velo eterno. Frente a él nada más que un pasillo. Vacío. Desnudo. La melodía de sus pasos únicamente acompañada por la armonía de la resistencia eléctrica en las bombillas.

Miró al frente pero no pudo mantener la mirada más que un instante. Su cuerpo doliéndose del repentino frío que ahorcaba su cuello. Apretó más las manos a través de los guantes. De la chaqueta y del jersey. De su piel vulnerable. Intentando imaginar que eran sus dedos los que rozaban suavemente cada célula de su cuerpo huérfano de calor difundiéndolo hacia donde no había.

Torció una esquina y al ruido de sus botas le acompañaron otras al fondo. Desacompasadas y distantes. Quiso mirar arriba, pero no pudo. Continuó caminando. Escuchando aquel par de pasos acercarse más y más. Los escuchó débiles, ligeros. Luego fuertes,

decididos. Sus ojos se abrieron como platos en el momento que se dio cuenta del cambio repentino y demoledor; pero era tarde.

Sintió un golpe duro y frío en la cabeza y cayó desplomado al suelo. La cabeza le reverberaba mientras intentaba recobrar el conocimiento. El suelo absorbiendo su energía al contacto. Antes de que pudiera siquiera orientar la mirada, una bota impactó contra sus costillas. Pungiente e incontestable. El dolor dio paso al miedo y el frío a la supervivencia. Retorcido en el suelo que ya notaba más caliente que él mismo, lanzó la mano inútilmente a donde acababa de impactar la bota. Indefenso notó cómo el asaltante le abría la mochila.

El miedo dio paso al instinto y sacando fuerzas de donde no las había, intentó detener al asaltante. Alzó la mano de nuevo en la dirección del atraco, pero fue inútil. La figura de las botas le retorció el brazo devolviéndole el dolor y ahogándolo en desesperación. Oyó la cremallera abrirse. Unos segundos de espera en la que, a pesar de seguir retorcido en el suelo, sabía perfectamente lo que estaba pasando. Cerró los ojos, impotente, y sintió cómo el atractador metía la mano en el bolsillo grande de su mochila. Lo notó rebuscar hasta no encontrar nada y repetir el proceso en el bolsillo delantero. El aislante de sus párpados empezaba a resquebrajarse dejando pasar el frío que congelaba sus lagrimales.

Aún con los ojos cerrados lo vio sacar la tarjeta y guardársela bajo la chaqueta. Lo vio caminar. Oyó las botas. Ahora ágiles y livianas. Oyó cómo se alejaban por el camino que él mismo acababa de transitar. Torcer la esquina y las ondas que transportaban el sonido a través del vapor condensado del aire apelmazarse. Sintió el suelo. A la misma temperatura. Se levantó. Impotente y angustiado. Cogió su mochila y cerró los bolsillos sin mirar lo que se había llevado. Ni falta que le hacía. Se la puso al hombro y cruzó los brazos. Manos a los antebrazos y mirada baja.

Siguió caminando. Sobre el suelo de los pasillos idénticos. Bajo la atenta mirada de las frágiles bombillas. A través del frío. Cada paso igual que el anterior. Seguir caminado. Bajo las bombillas a través del frío. En silencio.

Caminó. Sin cruzarse con nadie. Pasando puertas que interrumpían las estériles paredes. Bajó unas escaleras. Dos pisos. Tres. Más puertas. Volvió a oír unos pasos acercarse. Esta vez eran dos personas. Levantó la mirada. Una niña y su madre. Con los brazos cruzados. Manos en los antebrazos. Mirando al suelo. Caminó.

Llegó a la puerta de su casa y de la mochila sacó las llaves. Tembloroso se esforzó por acertar en la cerradura. Tras varios intentos lo consiguió y entró en casa. A oscuras se sentó en el sofá que antaño fue mullido. Brazos cruzados y mirada al suelo.

II

Con la mano en la ventanilla del descapotable se abría paso por los caminos de tierra que delimitaban los campos. Los rayos de sol bloqueados por sus gafas le permitían disfrutar del buen tiempo. El viento ondeaba su pelo mientras su sonrisa culminaba el cuadro de satisfacción. Al frente divisó otro coche aparcado al lado del camino en la entrada de uno de los campos llenos de arroz. Fue frenando, depositando el polvo y tierra que levantaba el coche al pasar.

Se detuvo frente al hombre que le esperaba apoyado sobre el capó de su coche. Un hombre bajo, no más de metro setenta y cinco, con barriga cervecera y unas piernas delgadas como alfileres. Llevaba una camisa de cuadros blancos y cian abotonada al completo y recogida en el pantalón resaltando su barriga. En la mano un puro a mitad y sobre la cabeza un sombrero de paja que lo protegía del sol.

Se apoyó en el metal recalentado de su coche dejando marcada su huella de polvo y se incorporó para recibir al recién llegado. Se saludaron con un apretón de manos firme y escueto mientras intercambiaban sonrisas de complicidad. Se giraron hacia el campo que quedaba al pasar el coche aparcado y se detuvieron a admirarlo. El hombre de las gafas de sol respiró hondo inundando sus pulmones del aire puro que se respiraba mientras el del sombrero se reajustaba las alas para cubrir bien sus orejas y darles la sombra que pedían.

—Veinte hectáreas de campo virgen. Misma temperatura todo el año —dijo el hombre del sombrero complacido.

—Qué planta, ¿arroz?

—Sí. Todo el año durante dos y un tercero de barbecho. Venía conmigo —hizo un gesto con la mano mientras emprendía la marcha para que el otro hombre le siguiera. Dejaron los coches aparcados en el arcén del camino principal donde otro, este más angosto y desigual, los adentraba en la propiedad—. Cuidado —dijo el hombre del sombrero apuntando a un pequeño agujero en el camino.

Flanqueados por plantas ambos siguieron caminando. Las pequeñas piedras que espolvoreaban la senda magullada crujían bajo sus pasos levantando el polvo que se sedimentaba en sus zapatos. Mientras caminaban se encontraron irremediablemente assortos mirando las hileras de plantas perfectamente ordenadas que se bañaban en los rayos de sol que caían desde el cielo despejado.

Llegaron a una casa de apariencia destartalada. Las ventanas estaban cubiertas de polvo y algunas tejas del techo brillaban por su ausencia. Subieron los dos escalones de madera agrietada que daban al porche y pisaron en los tablones desiguales que gemían al combarse bajo el peso de aquellos hombres. De la casa salió una pareja, hombre y mujer, que se afanaron en limpiar la pequeña mesa circular de mármol y patas enrevesadas. Ella iba vestida con pantalones vaqueros descoloridos en las rodillas y una camiseta monocromática blanca mientras que él vestía un mono marrón de cuerpo entero. Saludaron brevemente a los dos invitados mientras seguían limpiando.

Tras la mesa limpiaron también el polvo de cuatro sillas negras de hierro pesado que completaban aquella postal. La mujer soltó el trapo y entró en la casa saliendo instantes después con un juego completo de cafetera y tazas reposadas sobre una bandeja metálica arqueada ligeramente en el centro. El hombre del mono invitó a todos a sentarse mientras la mujer vertía el café humeante.

Permanecieron sentados, hablando calmadamente una media hora tras la cual los dos invitados se levantaron. Le estrecharon la mano a la pareja mirándolos con una sonrisa conciliadora y volvieron por donde habían venido de vuelta a los coches.

—¿Qué le parece? —preguntó el hombre del sombrero mientras el otro sacaba las llaves del coche de su bolsillo.

—Bien. ¿Cuántos años llevan arando esta tierra? —preguntó mientras se agachaba y buscaba algo en el reposabrazos entre los asientos.

—Desde siempre. Ellos dos solos.

Volvieron a la casa donde la pareja de campesinos esperaba nerviosa sentada en las sillas del porche. Al verlos se levantaron y bajaron los escalones a saludarlos de nuevo.

—Trato hecho —confirmó el hombre extendiendo la mano mientras con la otra desdoblaba los papeles que traía consigo. Extendió el brazo y se los dio a la mujer que los ojeó melancólica.

—¿Tiene que ser ahora? —preguntó temerosa levantando la mirada de las hojas y clavándola en las gafas del hombre.

—No. Tómese un par de ciclos y léalo. Cuando lo tenga firmado llámele para finalizarlo todo —señaló al compañero del sombrero.

Condujo entre campos por donde había venido. Brazo en la ventanilla, mirada segura y sonriente y pelo ondulando al viento. La polvareda que dejaba a su paso aumentaba según pisaba el acelerador. El horizonte era plano. Una línea delgada dividía el cielo de la tierra imperturbable salvo por una pequeña protuberancia que se erguía a lo lejos.

Se fue acercando, manteniendo la velocidad innecesariamente alta de su vehículo, y la silueta fue tomando forma. Era un pequeño establo. Un abrevadero más bien. Tres paredes que se alzaban hasta escasos centímetros del techo donde se interrumpían continuando únicamente cuatro pilares en las cuatro esquinas. El techo plano cubría de sombra una pequeña bañera de agua. Se bajó del coche y se acercó a paso lento.

Los huecos en las finitas paredes dejaban pasar la luz que iluminaba el interior permitiendo igualar el brillo y así dando la sensación de continuidad con el exterior. El agua estaba en paz, únicamente perturbada por la cañería que se elevaba a escasos cen-

tímetros de la superficie del agua y por la que manaba un pequeño hilillo que servía para mantener el caudal. En el extremo opuesto, en el fondo, un sumidero permitía evacuar el agua sobrante.

Siguió el camino de la cañería hasta unos metros más allá donde pasaba una de las acequias que nutrían los campos. La tubería conectaba el sistema de acequias con el abrevadero. Caminó hasta el otro lado donde acababa la estructura del abrevadero y continuaba otra acequia. Se complació al ver que en efecto el agujero del fondo desembocaba en ella sumándose al cauce natural de la vida. Satisfecho por su investigación volvió a subirse al coche y arrancó dejando tras de sí el polvo que acababa de levantar.

III

Se abrió la puerta despertándolo de su letargo. Era su novia.

—Ey, ¿qué ha pasado? —dijo posando su mano sobre la barbilla de él y levantándole la mirada lentamente hasta que sus ojos se entrelazaron.

Sin necesidad de hablar ambos se entendieron al instante. Se miraron hasta que una leve sonrisa brotó de sus caras. Ella se levantó del sofá y sacó su tarjeta del bolsillo. La acercó al lector de la pared y las luces se encendieron. Se volvió a sentar comprensiva junto a él y lo abrazó en silencio. De fondo, el calefactor sonaba mientras intentaba calentar la estancia.

Los aparatos electrónicos se fueron encendiendo uno a uno hasta que la televisión interrumpió su momento de paz. Terminaron el abrazo y se besaron suavemente.

—Lucía... —quiso seguir la frase, pero ella se lo impidió poniéndole un dedo sobre los labios.

—Tranquilo —él quiso responder, pero no pudo más que mirarla embelesado.

Tras unos momentos de felicidad plena Lucía se levantó del sofá y encendió el fuego de la cocina. Sacó una olla del armario inferior y la posó delicadamente sobre la vitrocerámica. Su novio, ahora con una manta por encima de la chaqueta para recuperar el calor perdido, la abrazó por detrás besándole el cuello.

—Intento hacer la cena.

—Lo sé.

—¿Me dejas?

—No —apretó más el abrazo provocando que la sonrisa de ella se agrandara—. ¿Qué tal? —disolvió el abrazo.

La pena e impotencia que había sufrido hace apenas dos horas habían desaparecido. La miraba y no podía evitar sentirse feliz. Arropado por el calor de su amor en un mundo gélido hasta la médula. Oasis.

—¿Me ayudas o te quedas mirando?

—Sí, capitán, mi capitán.

Una hora después ya habían cenado y se sentaron en el sofá abrazados. Zapearon por los canales de la televisión, pero como no encontraron nada, la apagaron. Y ahí, en el silencio de su hogar, se fundieron en el abrazo eterno. El mejor momento de la jornada.

Era la mañana siguiente. Se despertó y extendió el brazo buscándole. No le encontró y abrió los ojos. Efectivamente estaba ella sola en la cama. Se incorporó soñolienta y conforme se fueron despertando sus sentidos pudo oír el sonido de los cuatro hilos de agua de la ducha. Se desperezó hasta casi dislocarse algo y se sentó al borde de la cama. Buscó las zapatillas por el frío suelo y se las puso. Se levantó y dio unos pasos hasta la puerta del baño.

Con una sonrisa pícarosca fue abriendo poco a poco la puerta esperando a que él se diera cuenta. La ráfaga de aire frío que entró en el pequeño baño lo alertó y se giró aún más sonriente que ella. Se miraron mientras intentaban disimular sus intenciones, aunque ambos estaban pensando lo mismo.

La puerta se abrió del todo y ella se abalanzó sobre él. Se abrazaron desnudos bajo los escasos chorros de agua sucia que caían de la ducha. Las gotas recorrían sus pieles hasta caer a sus pies. Deslizándose lentamente hasta el sumidero en el centro del suelo de la ducha. Se besaron lentamente hasta que la pasión se adueñó de sus cuerpos.

Tras media hora salieron de la ducha. Primero él, que cogió la toalla del colgador junto al lavamanos y la extendió invitándola a salir. La arropó pasando la toalla por detrás y atrayéndola poco a poco estirando de la toalla. Sus cuerpos se juntaron y ella cogió los

extremos de la toalla. Pasó las manos por detrás de su nuca acabando de envolverles a ambos con la toalla.

—Hemos gastado demasiada agua —lo miró soniente. Sus palabras hablaban un idioma totalmente distinto al de sus cuerpos.

—Todo sea por una buena causa.

Con el paso apresurado navegaba los infinitos pasillos subiendo niveles hasta llegar al trabajo. Subió el último tramo de escaleras y miró el cartel. Primer piso. Frente a ella una puerta se abrió. Pasó a dentro y automáticamente la puerta se cerró tras ella. Siguió avanzando unos pasos más hasta llegar a la siguiente puerta donde esperó. Contó los segundos. Veintinueve, treinta. La puerta se abrió revelando un pasillo igual al que estaba. Pasó y la puerta se cerró tras ella.

Repitió la secuencia dos veces más mientras el ambiente se iba aclimatando. A cada puerta que pasaba la temperatura bajaba dejando obsoleta su chaqueta y sus finos guantes. La puerta a la siguiente estancia se abrió. Esta era distinta. La pared izquierda estaba llena de taquillas grises. Se desvistió rápidamente dejando toda su ropa en la taquilla y se giró tiritando a la pared opuesta llena de colgadores. De uno de ellos cogió un traje y se lo puso rápidamente.

El traje era antiguo, aún llevaba las etiquetas de su anterior propietario, NASA, y el tono blanco original había dado lugar a un tono más apagado y sucio espolvoreado con manchas de todo tipo. El tiempo también pasaba para aquellos trajes, una maravilla de la ingeniería en su momento, pero que ahora mostraban las arrugas de la vejez en los pliegues de las axilas o las rodillas.

Ataviada con su armadura de batalla, se puso frente a la última puerta de la secuencia y esperó a que se abriera. Lo hizo de inmediato y el angosto pasillo dio lugar a un hangar diáfano. Aún recordaba la primera vez que estuvo allí. Era la primera vez que salía del complejo. Recordaba la espera tras la última puerta con ansiedad. Cuando la puerta se abrió, no pudo caminar asombrada con la inmensidad del espacio ante ella. Dar dos pasos y mirar arriba. Ver

cómo las esporádicas bombillas colgadas a media altura en la pared y encapsuladas en sus urnas transparentes se esforzaban por hacer llegar la luz a la comisura entre pared y techo.

Dar dos pasos más. Mirando hacia arriba. Envuelta en su nuevo traje calefactado. Le pesaban los hombros que sujetaban el peso de la gruesa tela sintética que la envolvía y de la escafandra que cubría su cabeza. Recordó saltar, apenas unos centímetros, y girar. Girar sobre sí misma, brazos extendidos como si de una pируeta sobre una pista de hielo se tratara. Mirando arriba. Al cielo del hangar.

Dio otros dos pasos y la sensación de libertad se desvaneció. Miró al frente, decidida, y se arrepintió al momento. La sensación de libertad dio paso al tan familiar sentimiento de reclusión. Entre cuatro paredes. Entre ninguna pared. Al frente ni vio más que la oscuridad más profunda y eterna. Donde acababa el hangar no había nada. Vacío. O quizás lo había todo. No tenía forma de saberlo a través del impenetrable velo de la oscuridad. Le tocaron el hombro y la sacaron de su trance.

Caminó con el pesado traje hasta una mesa pegada a la desnuda pared del hangar. A los lados de la mesa esperaban dos montones de cajas grises apiladas una encima de otra. Cogió la primera y la puso sobre la mesa. La abrió y empezó a sacar el contenido del interior.

Una a una fue vaciando las cajas sacando los paquetes mientras el compañero a su lado se dedicaba a mirar, sin hacer nada. Ella siguió como si nada, pero al poco tiempo volvió a mirar y efectivamente, ahí estaba él. Nada. Apartó la mirada y la fijó en la mesa. Disimulando su frustración. La sangre le empezó a hervir ante la poca vergüenza del que se suponía era su compañero.

Lo miró fijamente. Si las miradas mataran, aquel desgraciado se habría caído al suelo al instante. Lo siguió mirando, dejando que sus emociones penetraran en él hasta que la humillación lo desbordó y se puso a trabajar. Y así siguieron los dos, hombro a hombro hasta que de repente ella paró.

—¿Qué haces? —le preguntó él con una mezcla de confusión y rabia.

—Nada.

—Eso ya lo veo, ¿y por qué?

—Porque puedo —la respuesta tajante de Lucía, molesta por una actitud que repetía todos los jornadas, iba cargada de veneno.

—¿Cómo que por qué puedes? ¿Y yo qué? ¿Lo hago todo? —Lucía no respondió.

Se dio la vuelta dándole la espalda a su compañero y echó a andar separándose más y más de la mesa llena de paquetes y de un contrariado compañero. A paso firme recorrió el perímetro de la pared del hangar hasta llegar casi al borde de la oscuridad. Allí un grupo de tres se había dado cuenta de su presencia y esperaban extrañados que llegara a su altura. Cuando llegó esperó.

—No voy a hacer yo el trabajo de todos si nadie me ayuda.

—A qué te refieres —increpó su supervisor.

—Sofian. Si no quiere hacer nada, no esperéis que yo lo haga tampoco.

—Sofian está trabajando —apuntó con el dedo índice a donde su compañero se afanaba por vaciar las cajas como nunca lo había hecho—. Y cuida el tono.

—Con todo respeto, señor, sabes igual que yo que no hace nada. Que nunca ha hecho nada —notó cómo su cuerpo empezaba a tensarse fruto del miedo. Llevaba mucho tiempo queriendo plantarse, pero sabía que era hacer equilibrios sobre el fino hilo de la convicción y la soberbia.

Su supervisor se la quedó mirando sin saber qué decir. Sabía que era verdad. Lucía lo hacía casi todo y llevaba tiempo compensando la ineptitud de su compañero. Pero también sabía que su compañero era el hijo de un buen amigo.

—¿Y qué quieres que haga? —intentó sacarse de encima la presión de la decisión.

—Que me cambies de compañero o que me pongas en otro sitio, porque esto no es justo —repuso Lucía intentando mantener el tono más frío y neutro posible.

—La vida no es justa —el supervisor tanteó, aprovechándose de su posición, intrigado por saber hasta dónde llegaba la valentía de su mejor trabajadora.

—Por favor —la voz de ella abandonó el tono firme y decidido que había mantenido para adoptar uno melancólico y suave.

Lucía sabía lo que hacía. Ya había dejado clara su posición y ya había demostrado su fortaleza, pero ahora tocaba parar el vendaval y esperar que su supervisor se quitara la chaqueta él solo.

—Veré qué puedo hacer.

Lucía se quedó mirándolo unos instantes. Pidiendo sin decir nada que fuera más allá, que hiciera algo, pero ante la negativa del rostro del supervisor, no tuvo más remedio que volver a su puesto. Cabizbaja y desesperanzada.

IV

—Héctor, me acaban de llamar. Todo listo.

Colgó el teléfono y subió las escaleras a la habitación. Abrió la puerta y no pudo evitar fruncir el ceño cuando la luz que entraba por el inmenso ventanal, que a su vez hacía de pared, le cegó. Las sábanas blancas de la cama empotrada en la pared izquierda levitando sin patas reflejaban la luz que entraba en la habitación. A la derecha, cuatro puertas blancas, lisas y sin picaportes se extendían del suelo al techo cubriendo toda la pared. Abrió dos de ellas y del armario sacó una camisa blanca y unos pantalones chinos.

Se vistió y de un pequeño cajón bajo la ropa colgada, sacó una pulsera plateada y unos gemelos. Se los puso rápidamente y cogió de la mesilla que flotaba incrustada a la pared junto a la cama su anillo de compromiso. Entró al baño y de un armario de mármol que flanqueaba el mueble con dos amplias pilas, sacó su colonia favorita y un peine.

Vestido y acicalado bajó las escaleras con una sonrisa en la cara y se dirigió al salón donde su mujer y sus dos hijas descansaban en el profundo sofá blanco que coronaba la estancia. Besó a su mujer y se despidió de sus hijas antes de acercarse a la mesa del comedor tras el sofá para coger sus gafas de sol. Ataviado ya con la protección necesaria, se permitió un instante para mirar por los gloriosos ventanales del salón. Observó el verde césped recién cortado, los aspersores regando cada metro cuadrado por igual con unos patrones circulares perfectos. Miró la pequeña casita para pájaros

apoyada sobre un poste que había construido junto a su mujer hace ya muchos años.

Era su parte favorita de la casa y recordaba aquel momento como si fuera ayer. Era su segundo aniversario de novios y llegó a casa de ella, donde ahora vivían los dos, con una caja bajo el brazo. Recordaba el momento en que se la dio y curiosa la abrió corriendo. La expresión de desconcierto en su cara al ver unas planchas de madera apiladas y una hoja sucia al fondo. Recordó cómo su rostro fue cambiando según le iba explicando el regalo; llenándose de ilusión a cada palabra.

Habían planeado todo tipo de actividades pero, a petición de su ahora mujer, se quedaron en casa. Salieron al jardín y extendieron un plástico cuadrado sobre el césped. Pusieron cuatro piedras en las esquinas para que el viento no causara estragos y se sentaron al borde dejándole el protagonismo en el centro a las planchas de madera lijadas. Las extendieron sobre todo el plástico libre y se pusieron a pintar. Bueno, más bien ella, porque él era un inútil con la brocha. Pintaron todas las tablas y las dejaron secar un par de ciclos.

Entonces volvieron con un destornillador eléctrico y una bolsa de tornillos a juntar todas las piezas. Una a una, la pequeña y acogedora casita fue tomando forma. Cuando estuvo terminada clavaron un poste en la esquina más alejada del jardín y atornillaron la caseta firmemente a él.

Y ahí había permanecido, inmutable pero envejecida, todos estos años. La pintura se había degradado y agrietado, pero seguía ahí. Seguía sirviendo de cobijo a los pájaros que de vez en cuando la frecuentaban cuando llovía. Seguía siendo la comodidad de encontrar un plato de comida siempre listo para quien acudiera volando y lo quisiera. Seguía siendo la banda sonora de las mañanas, café en mano, sentada en el sofá del porche escuchando los trinos de los pájaros que la visitaban. Seguía siendo emoción y sentimiento.

Salió por la puerta de casa y caminó hasta la verja. Apretó un botón del mando que llevaba en la mano y el motor eléctrico la

abrió lentamente descubriendo el exterior y su coche aparcado esperándole. Se subió, lo encendió y esperó a que la capota sólida se elevara y plegara hasta retroceder y guardarse en el maletero. Encendió el reproductor y puso música a todo volumen mientras apretaba el acelerador y las ruedas giraban frenéticamente intentando agarrarse al asfalto.

El acelerón lo pegó al asiento y soltó una pequeña carcajada de alegría mientras una dosis de adrenalina circulaba por sus venas. A toda velocidad navegó las calles que llevaban a los chalés hasta llegar a una amplia carretera que parecía conectar con la nada. Pisó más fuerte el acelerador y el motor de su coche rugió exhausto por el esfuerzo.

En poco tiempo, la carretera dio muestras de terminar según iban emergiendo campos a los lados. El asfalto dio lugar a la tierra desigual y tuvo que bajar la velocidad. Tras él las ruedas dejaban una nube de polvo beige que se sedimentaba poco a poco. Llegó a la entrada del campo que había visitado hace apenas dos ciclos y detuvo el coche donde el mismo hombre que le había llamado por teléfono ya le esperaba con su misma camisa a cuadros blancos y azules y su mismo sombrero de paja apoyado sobre el mismo coche.

Se saludaron esta vez más efusivamente y anduvieron el camino que ya se habían aprendido hasta la casa del matrimonio de campesinos. Los dos esperaban sentados en el porche con la camioneta en el camino lista y cargada con varias maletas y cajas. Se fijó en el rostro de la pareja y los vio ligeramente alicaídos. Hombros bajos y hundidos en las sillas.

—¿Cuánto tiempo llevan viviendo aquí? —le preguntó a su compañero del sombrero mientras los señalaba disimuladamente.

—No sé. Mucho.

—¿Y por qué venden?

—Están viejos.

Esas palabras fueron suficiente para saciar la curiosidad de su molesta conciencia y continuó andando en silencio.

Llegaron frente al porche, pasando el coche cargado, y saludaron a la pareja. Ambos iban vestidos con vaqueros azules man-

chados. Él llevaba una camisa ancha mientras ella una blusa azul turquesa.

—La vamos a echar de menos —dijo el hombre sentimental mirando alrededor.

—Pero el precio es justo. Están de acuerdo, ¿no? —preguntó insensible el hombre del sombrero.

—Sí, sí. Eso no es problema. Está bien —satisfecho, el hombre del sombrero dio un paso atrás dejando el protagonismo a su compañero mientras decía—: Señor Buendía, su nueva casa.

El campesino le dio las llaves y lo saludó por última vez. Juntos, la pareja se despidió y se subió en el coche. Poco después arrancaron el motor y se fueron.

—Héctor, ya es toda tuya.

Dos horas después estaba de vuelta en casa. Buscó a su familia, que se divertía en el jardín. Se quedó parado apoyado en un pilar que sujetaba el techo sobre el porche. La ya existente sonrisa se le agrandó aún más mientras veía cómo su mujer jugaba con sus dos hijas. Se quedó ahí quieto hasta que le vieron.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó su mujer mientras se acercaba alegre.

—Todo bien. Ya es nuestra —la agarró de la cintura y la presionó suavemente contra él.

—¿Cuándo me llevas a verla? —preguntó ella acariciándole la oreja con una mano.

—Cuando quieras. Aunque por ahora no hay mucho que ver. Campo y más campo.

Llamaron a las niñas y se sentaron a comer. El mantel blanco cubría la mesa cuadrada de patas anchas y con la misma geometría. Varios platos llenos de comida cubrían el mantel. Se sentaron uno frente al otro con una de sus hijas a cada lado. Se miraron embellecidos mientras las niñas empezaban a devorar la comida de su plato. Tras la comida se sentaron en el sofá con vistas al jardín, abrazados, y se quedaron dormidos.